



FUNCIONES SOCIALES Y ECONÓMICAS DE LA FAMILIA EN LAS SOCIEDADES EMERGENTES

MANUEL NAVARRO LÓPEZ (*)

RESUMEN. El propósito de este artículo es realizar algunas sugerencias sobre las funciones sociales y económicas que la familia está adquiriendo en las sociedades emergentes. La familia es valiosa para sus miembros, según la elevada satisfacción mostrada en las encuestas, porque puede resolver necesidades básicas que la sociedad es incapaz de solucionar. La familia sustituye las insuficiencias o imperfecciones de otras instituciones como la educación, la sanidad o el mercado de trabajo. Así, conforme las instituciones sociales son más complejas y especializadas, más parecen necesitar subsidiariamente de la familia. Finalmente, las familias se han vuelto piezas básicas de las economías modernas tanto por su papel como centros de consumo como por la importancia financiera de sus economías y sus decisiones.

Es propósito de las páginas que siguen aportar un conjunto de sugerencias sobre el papel que el grupo familiar, entendido en un sentido amplio, incluyendo los parentescos más próximos, está adquiriendo en las sociedades emergentes, a partir de algunas observaciones empíricas fácilmente constatables y partiendo de una línea argumental divulgativa de algunos lugares comunes de la Sociología de la familia. Se trata, por tanto, de exponer algunas ideas que incluso podrían parecer heterodoxas, sin una mayor pretensión, ni formal ni interna, de academicismo.

Así, podemos partir del acuerdo establecido por los antropólogos sociales sobre la idea de que la familia es la institución

más universal, presente en todas las culturas conocidas, aunque adopte formas distintas. Por otra parte, la idea más difundida en las ciencias sociales es que la familia o el grupo de parentesco ha sido el eje de toda vida social y económica en las sociedades más antiguas, perviviendo en gran medida esa situación hasta bien entrada la denominada sociedad industrial, en la que, como consecuencia de una especialización funcional, habrían aparecido instituciones complejas que vaciarían de contenido las actividades sociales y económicas que antes ejercía la familia¹.

La teoría funcionalista, en particular, ha sido la impulsora de este análisis de la familia que es aceptado de forma genérica

(*) Universidad Complutense. Madrid.

(1) Véase un trabajo reciente que abunda en esta línea teórica de divulgación: JACK GOODY: *La familia europea*. Barcelona, Ed. Crítica, 2001.

como obvio. En efecto, según el funcionalismo la familia es una institución social a la que se le habrían arrebatado progresivamente funciones como la educación, la asistencia sanitaria, la inserción laboral, las actividades productivas, el ocio activo y todas aquellas que formaban la totalidad de la vida de las personas en otros tiempos. De tal modo, quedaría como el reducto casi único de las relaciones primarias y de la expresión de la personalidad completa de los individuos.

En el otro extremo, se sitúan corrientes de pensamiento detractoras de la familia como institución social, que en la posición más radical llevó a pensadores como Wilhelm Reich a pedir la abolición de la institución para construir una sociedad más racional y humana, aunque de forma más sutil que todas aquellas posiciones teóricas y políticas defensoras del detrimento del espacio privado de los individuos, y por tanto de las relaciones familiares, en favor del ámbito público.

En la actualidad, la realidad de la familia no está cuestionada, pero se mantiene la lectura de observaciones empíricas en la dirección apuntada por el funcionalismo, si bien distanciándose de las implicaciones ideológicas de éste, y estableciendo una pluralidad de formas y comportamientos que transforman ampliamente el concepto clásico de familia. En el límite se tiende a esbozar una síntesis de los planteamientos teórico-ideológicos descritos, al establecer como interpretación única de la información empírica el debilitamiento creciente de los lazos familiares, el predominio de la sociedad de los individuos, la focalización hacia las instituciones secundarias y la centralidad de la vida profesional y del trabajo.

No vamos a discutir los procesos concretos de transformación operados en la familia occidental a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Frente a cierta homogeneidad de la vida familiar, que podríamos considerar predominante en la sociedad industrial —la cual implicaba un estilo de

vida con escasas alternativas, aunque también con un importante valor de cohesión social, a pesar de la centralidad en todo ese período de la lucha de clases— se pasa a una creciente diferenciación de los modelos familiares, como producto de cambios sociales que ocasionan transformaciones diversas en el interior de la familia y en la forma en que las personas establecen sus relaciones de parentesco y convivencia.

Quizás el cambio más importante ha sido el proceso de democratización de las relaciones internas de sus miembros, que primero protagoniza el movimiento de liberación de la mujer, y después la metamorfosis del papel de los padres y de la legitimidad de la autoridad paterna. Tales cambios, pese a ser decisivos, han tenido diferentes grados de difusión, originando la coexistencia de distintas formas de lazos familiares. Lo mismo sucede con el otro gran proceso de cambio, procedente del aumento de la edad media de vida y de los contrastes al respecto entre hombres y mujeres, que se resuelven con la multiplicación del número de personas que viven solas. A ello se añade la explosión de vías alternativas de relación afectiva: parejas de hecho, hogares monoparentales, parejas homosexuales, matrimonios sucesivos, parejas sin hijos, etc.

El resultado de todos esos procesos y cambios ha llevado a profundizar más en la familia como reducto de las relaciones íntimas entre las personas, cuando no en su contingencia como institución social. Aparentemente, y a la vista de esas observaciones, la familia tiene cada vez menos relevancia desde el punto de vista funcional para la sociedad. Sin embargo, hay que contrastar esas observaciones y sus conclusiones con otros hechos que nos pondrían de relieve perspectivas alternativas. En primer lugar, es cierto que estadísticamente el número de personas en tal situación ha aumentado y tiende a crecer la generalidad de la población que aún convive en una familia tradicional. En segundo lugar, esos

cambios son, en la mayoría de los casos, adaptaciones al medio social, rupturas de normas sociales sobrepasadas, que permiten adecuar las relaciones familiares a las peculiaridades y necesidades de cada individuo, para que la familia no se convierta en una convivencia opresiva. Por otra parte, hay que superar las apariencias de las construcciones estadísticas: el hecho de la residencia independiente, por ejemplo, es más una expresión de calidad de vida que de desaparición de las relaciones familiares, pues éstas siguen siendo intensas y frecuentes, aun sin mediar la convivencia física.

Si bien es cierto que los individuos cada vez tienen más requerimientos de relaciones sociales fuera del parentesco, esas relaciones tan solo restan tiempo para los contactos familiares, sin sustituirlos. Por el contrario, pueden estar haciéndolos más necesarios ante la competitividad creciente demandada por el mundo social.

De este modo, lo que puede estar aconteciendo es una revalorización social de dicha institución o una revisión de su papel real en la sociedad. Así, frente a una sociedad cada vez más ininteligible y exigente con sus miembros, la familia se manifiesta como el primer referente para los individuos, como el punto de referencia y apoyo en los momentos críticos, no solamente en el ámbito emocional². Las funciones psíquicas y afectivas juegan un incuestionable papel en esa evaluación, como prueban multitud de datos de encuesta en los que se recogen las opiniones y actitudes hacia esta institución que es, con gran diferencia, la más valorada por la mayoría, al menos en las sociedades más próximas a las raíces latinas, ya sean europeas o americanas.

Sin embargo, los factores funcionales, utilitarios, económicos, de soporte físico y

similares, que no suelen ser el centro de los análisis sociológicos sobre la familia —precisamente porque la concepción dominante así lo planteaba— son cada vez más relevantes. Y aquí es donde, por otra parte, la valoración de la familia posiblemente nunca haya flaqueado en las conciencias de los sujetos reales.

Es precisamente desde el punto de vista individual, en que la familia es valiosa para sus componentes en términos de resolución de necesidades básicas, donde la sociedad parece ser incapaz de afrontar su totalidad, por más que el Estado de Bienestar haya ahondado en esa dirección. La familia asume todavía un apreciable papel en la educación, la salud, la protección y la seguridad económica de sus miembros. Y esas funciones, lejos de ser residuales, parecen adquirir una mayor importancia conforme la sociedad plantea problemas que no termina de resolver, teniendo que ser los sujetos quienes superen esas deficiencias en el ámbito familiar.

Como hemos señalado, la visión predominante de la familia y del parentesco sitúa las relaciones afectivas en el origen y el centro de la misma. Según esto, las relaciones tanto de la pareja, como de los padres con los hijos o con otros parientes, estarían marcadas por los lazos afectivos y altruistas y por la convivencia *per se*, en la que las motivaciones o factores de otro tipo serían secundarios. El vínculo más funcional sería el de los hijos que generarían un afecto hacia los padres por los cuidados recibidos a lo largo de su infancia. Ésta es una visión romántica y, en el mejor de los casos, parcial. La familia ha cubierto otros campos de interés para los individuos en el pasado y sigue haciéndolo en el presente, aunque con otras características.

(2) Por ejemplo, un primer desarrollo de esta observación se encuentra en M. NAVARRO: «Relaciones de parentesco» y en A. GARRIDO: «Redes sociales», ambos en SALUSTIANO DEL CAMPO (ed): *Tendencias sociales en España (1960-1980)*. Bilbao, Fundación BBV, vol. I (1993).

La concepción de una sociedad basada en el individuo estaría sustentada en la creencia de que la sociedad del bienestar, al satisfacer por otras vías las necesidades materiales, permitiría desligarse de los lazos familiares a voluntad. Sin embargo, la sociedad del bienestar ha tomado derroteros menos confortables y la familia casi se ha convertido en el único refugio para el individuo en situaciones límite, aun cuando no todas las personas cuenten con ese cobijo. En este sentido, cuanto más compleja es una sociedad y más ha diversificado y especializado sus instituciones, mayor es el papel de la familia como complemento o sustitución de la ineficiencia o insuficiencia de esas instituciones.

La alta valoración que la gente concede a la familia, según las encuestas, está gravitando en la apreciación que realizan los individuos de todas esas aportaciones brindadas por la familia, no solamente de afecto y apoyo moral, sino también económicas o físicas y de solución de infinidad de problemas cotidianos, sin que en la sociedad existan alternativas válidas para tales fines, incluso cuando la familia tampoco los satisface o lo hace de forma deficiente. Basta pensar en situaciones extremas que obligan, por ejemplo, a una mujer maltratada a permanecer unida al marido simplemente por dependencia económica; o, en otro orden de cosas, el caso de los jóvenes que no pueden abandonar su familia de origen por la carencia de libertad económica o temor a la pérdida de seguridad en este terreno; o las iniciativas de la mayoría de los ancianos a permanecer al abrigo de los cuidados familiares frente a los de las residencias especializadas.

EL PAPEL SOCIAL DE LA FAMILIA

Desde el punto de vista colectivo, es decir, desde el conjunto de la sociedad, es aún más interesante el análisis del papel que han adquirido las familias. Éstas no sólo resuelven problemas a sus miembros, para

los que no parecen existir soluciones alternativas o preferibles, tal como hemos visto. De forma paralela, muchas de esas respuestas subsanan situaciones que, de otro modo, la sociedad tendría que afrontar. Y no solamente estamos hablando de las redes de seguridad y cohesión social, de las cuales es prototípica la relativa al paro, sobre la que hablaremos más adelante. La familia como grupo ha desarrollado comportamientos y actuaciones que resultan básicas para la sociedad en muchas dimensiones. Se puede decir que, conforme las instituciones sociales son más complejas y especializadas, más parecen necesitar subsidiariamente de la iniciativa individual, vía familia en la mayoría de los casos. Y sorprendentemente, la familia y sus miembros siempre encuentran recursos para las insuficiencias de aquéllas.

Así, por ejemplo, cuanto más sofisticados y universales son los sistemas educativos, más importancia adquiere la familia a través de los procesos de socialización primaria y como condicionante de la educación formal. El apoyo y colaboración del grupo familiar, como soporte material, cultural y como estímulo, se hace presente a lo largo de todas las etapas formativas, corrigiendo la eficacia de las instituciones educativas; Más aún, cuando el papel de la familia resulta ser pasivo o ésta actúa de manera negativa, tales actitudes se generalizan, y los centros educativos se enfrentan, como empieza a ser frecuente, con problemas de disciplina y de eficiencia que son incapaces de solucionar.

Cabe una tarea similar de complementariedad, cuando no de abierta sustitución, en relación con las instancias sanitarias de un país, pues hay que reconocer la actuación decisiva de la familia no solamente en el caso de enfermedades leves o crónicas, sino también en el de las enfermedades terminales, sin cuyo curso la eficacia de aquéllas se vería seriamente mermada. En los hospitales, el apoyo moral y material de los familiares sigue siendo compo-

nente importante para la actuación sanitaria, pero esa función se potencia en los hogares donde se solucionan problemas menores de manera cotidiana; y este concurso está implícito en las organizaciones sanitarias que operan bajo el supuesto de que, con frecuencia, los hogares se convierten en pequeños hospitales o centros de rehabilitación o urgencias, tanto en el plano físico como en el psíquico, hasta el punto de que la sanidad quedaría bloqueada si no contase con los grupos familiares³.

Más significativa resulta, en las sociedades más desarrolladas, la problemática abierta por la decadencia de una de las funciones más primigenias de la familia: la reproducción física, consecuencia de decisiones tomadas por los individuos más jóvenes concernientes, primero a la formación de una familia o a una relación de pareja y, una vez tomada, a la decisión de tener hijos o no. Evidentemente, se trata de decisiones asumidas como respuesta a unas condiciones prevalecientes en las sociedades contemporáneas derivadas de los problemas de inserción social a los que se enfrentan los jóvenes. La consecuencia es que, al menos en las sociedades europeas, ninguna ha aportado hasta el momento una fórmula que sea mínimamente satisfactoria, bien creando las bases para que los grupos familiares cambien sus pautas al respecto, bien suprimiendo los escollos que han llevado, en definitiva, a una caída de la tasa de fecundidad.

A caballo entre la aportación económica y la social se encuentra en la actualidad el apoyo que ejerce la familia ante el desempleo juvenil y la postergación de la independencia residencial de los hijos. Éste es quizás uno de los fenómenos más señalados en los trabajos recientes al presentar a la familia como una red de seguridad

que, de no existir, provocaría graves problemas de cohesión social, al mantener un ejército de parados sin viabilidad de subsistencia. Se ha destacado menos, sin embargo, la función económica que implica este hecho, en tanto que, como solución alternativa, se tendría que habilitar gasto público para obtener subvenciones que paliasen esa situación. Ese coste es asumido por las familias, con una motivación evidentemente no económica, pero con el resultado de permitir la permanencia del problema y a la postre reducir los costes laborales y de formación a cargo de las empresas. Se trata, así, de una redistribución inversa de rentas.

Podemos encontrar otros campos en los que diversas instituciones sociales permiten satisfacer las necesidades de los individuos, apelando a las tareas o soluciones que se desarrollan en el grupo familiar, sin que parezca vislumbrarse opciones empíricas válidas. No se trata con esto de hacer ningún panegírico moral o funcional de la familia, sino de exponer unas observaciones que no parecen llevar a otra conclusión que la del papel plural de la familia, frente a una sociedad que deteriora cada vez más el espacio público, desistiendo de las funciones que de modo incompleto venía desempeñando en la resolución de las necesidades colectivas o individuales. Por otra parte, consiste en corregir o complementar el mundo teórico que las ciencias sociales han venido construyendo sobre dicha institución.

LAS FUNCIONES ECONÓMICAS DE LA FAMILIA

Probablemente el aspecto menos considerado acerca de la influencia de la familia en las sociedades avanzadas sea el papel

(3) Una investigación empírica detallada y completa del papel de las familias en el terreno sanitario acorde con esta argumentación se encuentra en el trabajo de M^a ÁNGELES DURÁN: *Los costes invisibles de la enfermedad*. Bilbao, Fundación BBV, 1999.

económico que desempeña, hasta el punto de que las familias como grupo organizado se han convertido en pieza clave del sistema socioeconómico actual. La Sociología de la familia parece no haber considerado este fenómeno, salvo de forma tangencial, aunque la economía lo está incorporando a su análisis progresivamente.

Ciertamente, la actividad productiva familiar constituyó en la mayoría de las sociedades el núcleo de la economía; hasta que el advenimiento de la economía industrial desplazó el centro hacia las unidades productivas especializadas y, consecuentemente, la ciencia de la economía se encaminó al estudio de las empresas, las instituciones financieras y los grupos económicos de mayor peso. La economía de la familia perdió importancia e interés como objeto de estudio, pues era una resultante del resto de fuerzas económicas—su destino final, a lo sumo— y por tanto su papel era residual y pasivo.

En la actualidad las economías familiares han alcanzado progresivamente una función económica que se puede calificar como estratégica y que tiene básicamente dos aspectos fundamentales: el consumo y el ahorro, junto a otros menos estudiados y que pueden denominarse redistributivos, del tipo que hemos apuntado en relación con el desempleo de los jóvenes. En el primer caso, las familias se convierten en centros de consumo complejos, sofisticados y decisivos en términos macroeconómicos, con un peso que no habían tenido nunca en toda la historia, hasta calificar a la sociedad como «sociedad de consumo». Las decisiones de compra que se toman en el ámbito familiar tienen progresivamente una repercusión primordial para la producción económica y para el equilibrio y crecimiento de la economía global. Como

señaló en su momento G. Katona⁴, el consumo se hace discrecional, de forma que las decisiones de millones de consumidores pueden ser determinantes para la demanda de un producto o de una marca. En este sentido, las familias han sido objeto de interés creciente para los economistas y para los empresarios a través de los estudios de mercado y la publicidad. Y cabe decir lo mismo, o aún más, desde la perspectiva de la macroeconomía, como elemento cada vez más decisivo de la demanda global, y su capacidad para influir en variables como la demanda agregada, el índice de precios o los desequilibrios productivos según las variaciones en la composición de los gastos familiares.

Por otra parte, las familias de alto poder adquisitivo, cuyo número es creciente en las sociedades más avanzadas, están adquiriendo un protagonismo especial en el campo financiero por su capacidad para generar el ahorro, más sus repercusiones correspondientes sobre la estrategia de la inversión económica y a la postre, de todo el sistema productivo. Asistimos, de este modo, a la aparición de dos fenómenos nuevos e interrelacionados. Primero, el surgimiento de decisiones de inversión grupales o condicionadas por el grupo familiar, que involucran búsqueda de información y despliegue de una cultura económica y financiera. Segundo, el de la envergadura económica alcanzada por las familias, en términos contables, en virtud de sus propiedades y de su posibilidad de generar recursos económicos.

De esta forma, percibimos que las familias han dejado de ser un objetivo secundario de las instituciones financieras como clientes cautivos y homogéneos: antes los grandes clientes de los bancos eran las empresas, ahora también lo son mu-

(4) Aquí Katona no hizo más que «sociologizar» los planteamientos keynesianos y retomar una larga tradición de sociólogos y economistas empíricos que desde el siglo XIX venían estudiando la evolución del consumo y los niveles de vida en las familias, tradición desconocida, al parecer, por algunos practicantes actuales del marketing metidos a sociólogos.

chas familias. De ahí que su capacidad de generar ahorro y su libertad para definir el destino del mismo las hayan convertido en una pieza estratégica de la economía y del marketing financiero: cuentas nómina, tarjetas de crédito, préstamos al consumo, hipotecas, fondos de inversión, planes de pensiones y un innumerable conjunto de productos que hoy en día constituyen una parte importante de los negocios bancarios y del sector financiero.

Baste señalar que los movimientos de la Bolsa dependen cada vez más de las decisiones de millones de individuos y familias (por lo que respecta a la sociedad española y según un reciente estudio de la Bolsa de Madrid, las familias poseen más del 40% de la capitalización bursátil, cuando al comienzo de los años noventa tan sólo representaban aproximadamente el 22%)⁵.

Es decir, hay un crecimiento importante de la capacidad financiera de las familias y esa capacidad se ejerce directamente en los mercados financieros. No del modo pasivo que ha caracterizado tradicionalmente al ahorro familiar, centrado en depósitos bancarios o renta fija, sino de un modo cada vez más activo e informado y, por consiguiente, con capacidad de decisión y de influir en el conjunto de los mercados, convirtiéndose de esta manera en sujetos activos de la economía más dinámica, incluida la denominada «nueva economía».

Bajo otras perspectivas menos formalizadas en las ciencias sociales, aún podríamos señalar otras dimensiones en las que las familias desempeñan un papel económico decisivo, aunque tan sólo vamos a formular muy someramente algunas que constituyen, en todo caso, las líneas de in-

vestigación abiertas o por abrir. En primer lugar, se encontraría la valoración económica de la producción realizada en el hogar o del trabajo doméstico, donde se pueden cuantificar algunas de las funciones sociales de la familia enunciadas anteriormente⁶. En segundo lugar, también desde el punto de vista productivo, el papel emprendedor de algunos grupos familiares continuado a través del tiempo se resume en el concepto acuñado de «empresa familiar», si bien más desde una perspectiva sociológica que bajo los recovecos de problemas, falsos problemas, ventajas y otras gabelas que oculta la perspectiva económica. En tercer lugar, la función de redistribución económica inversa que se hace desde las familias hacia otros sectores en términos de trasvase de flujos monetarios, de los que citaremos a título de ejemplo, los relativos a impuestos, a precios diferenciales en servicios regulados como electricidad, agua o gas; a tasas de servicios públicos, a la asunción de riesgos laborales, a la formación profesional y otros cuya explicación rebasa aquí y ahora el propósito de este artículo.

CONCLUSIÓN

Hemos examinado algunos campos donde la familia, en contra de la tesis funcionalista consistente en la cesión de parcelas de acción en beneficio de las instituciones especializadas, ha desarrollado un papel creciente y esencial, precisamente por la ineficacia o deterioro de sus prestaciones. La percepción de este fenómeno comienza a abrirse paso y por ello, tanto sus miembros

(5) Según un «Estudio sobre el Ahorro y los Mercados Financieros en España», citado en *Expansión* (05-07-2000), las acciones mantenidas por inversores individuales serían del 30%, por delante de países como el Reino Unido o Alemania. Otra cosa es la distribución de esa riqueza entre las familias españolas. A ambos fenómenos no es ajena la importancia de la empresa familiar a la que nos referimos más adelante.

(6) Esta línea ha sido emprendida por algunos autores para llamar la atención especialmente sobre el trabajo del ama de casa. Por ejemplo, M^a ÁNGELES DURÁN: «Producción doméstica», en SALUSTIANO DEL CAMPO (ed): *Tendencias sociales en España (1960-1980)*. Bilbao, Fundación BBV, vol. III (1993).

como el resto de las instancias sociales, han vuelto los ojos a esta institución, en un giro radical respecto a la valoración perfilada de la misma en épocas anteriores.

No obstante, debemos señalar que la tesis de la sociedad de individuos y, sobre todo, la del deterioro de los lazos familiares tiene un apoyo empírico sustentado en tendencias claramente observables. Ciertamente, los requerimientos del mundo social y profesional, del consumo, de la información y del ocio, están debilitando los vínculos familiares; pero también los sociales, como por ejemplo los de vecin-

dad o amistad. Probablemente, los problemas a los que se enfrentan las familias son superiores a los de otros tiempos⁷. Las presiones del mundo circundante sobre la familia, cada vez mayores y más frecuentes, así como las producidas en su interior a consecuencia de las decisiones también más difíciles y complejas que se deben adoptar, ponen cada vez más a prueba la solidez de la institución, que por eso mismo y a pesar de tales trabas, está resultando esencial y difícil de sustituir en las sociedades emergentes.

(7) Véase, por ejemplo, los posibles efectos de las técnicas de reproducción en M^a ROSARIO SÁNCHEZ MORALES: «Impactos sociales de las técnicas de reproducción asistida en la estructura familiar», en *Temas para el debate*, 38 (1998).